

género

Y SOCIEDAD

CENTRO DE ESTUDIO DEL GENERO
VOLUMEN 3 • NUMERO 1 • MAYO-AGOSTO 1995

COMO ENFRENTAR EL FUTURO DESDE EL FEMINISMO

Lidia Falcón *

Este artículo plantea la necesidad de participación política de las mujeres como clase como forma de ganar el poder que les permitirá cambiar la sociedad.

This paper puts forth the need for political participation of women as a class as a means to achieve the power to change society.

Del fracaso de la igualdad

El eterno retorno es la tentación y la maldición de las luchas revolucionarias. Retornar a los orígenes cuando la espontaneidad de la organización, la falta de un análisis profundo, informado y lúcido identifica el inicio de la lucha con el inicio de la vida, antes de la pérdida de los mejores valores humanos al ser expulsados del paraíso —recordemos

* Doctora en filosofía. Fundadora de las revistas *Vindicación Feminista* y *Poder y Libertad*. Entre sus obras se incluyen *Mujer y poder político* (1992) y *La razón feminista* (1994).

la nostalgia de la Edad de Oro del matriarcado que tantas páginas feministas ha inspirado. Y porque en tantos momentos de la lucha miramos hacia atrás con nostalgia, resulta tan difícil seguir pasos hacia adelante.

En más de una ocasión he repetido que seguimos cumpliendo el testamento sufragista: alcanzar la igualdad legal para alcanzar la igualdad real. Y como hoy, por lo menos en los países desarrollados, el objetivo sufragista se ha alcanzado, el feminismo se encuentra huérfano de ejemplos, de raíces. Hace doscientos años el movimiento revolucionario de las francesas comenzó imitando a la burguesía reclamando las reformas y los derechos políticos que permitirían a ésta implementar y afianzar su poderío económico, sin comprender —de la misma forma que las razas de color y los pueblos colonizados— que los burgueses no habían organizado las estructuras del capitalismo para compartir con las mujeres poder alguno, ni político ni económico. Hace cien años el feminismo reclamó la igualdad legal sin poner en cuestión el sistema capitalista ni el modo de producción doméstico, y el fracaso debía ser su último final. El fracaso que hoy, ante la igualdad de derechos reconocida en las constituciones, deja perplejo al Movimiento Feminista, que se muestra impotente para cambiar el modo de producción capitalista que las relega a la reproducción y el trabajo doméstico, esclavizando su sexualidad al placer masculino, estableciendo relaciones de producción serviles con los hombres, y condenándolas a trabajar cincuenta horas a la semana en las tareas domésticas mientras buscan afanosamente trabajo asalariado o cumplen con profesiones que las agotan, por menos salario y promoción que sus compañeros varones.

El fracaso de los altos ideales por los que lucharon las sufragistas durante setenta años no han conseguido ocultarlo ni las medidas de ayuda y protección social establecidas por los gobiernos más caritativos de la socialdemocracia, ni el aumento espectacular del número de mujeres en las aulas universitarias, ni la tibia defensa sindical de la consigna del salario igual, ni el paternalismo de algunos partidos que ceden a sus compañeras un exiguo porcentaje de sus sillas en los consejos de administración y en los lugares de las listas electorales. Cuando se ha cumplido ya un siglo de las primeras victorias sufragistas —el voto se concedió en el estado de Wyoming (EE. UU.) en 1870 y en el estado de South Australia (Australia) en 1894— las mujeres defensoras de la igualdad de oportunidades, y sinceramente confiadas en el avance y el progreso, ante el evidente retraso que padece la inserción de las mujeres en el mundo laboral, político, cultural, económico, sólo aconsejan una estrategia: paciencia. Si seguimos repitiendo con el mismo empeño con que defendimos las demandas de reformas legales, nuestro deseo de participar en la sociedad en igualdad con los hombres, siendo esta petición de absoluta justicia y necesaria fraternidad, algún día los compañeros varones compartirán poder en el gobierno y tareas domésticas en el hogar.

A la tentación de la diferencia

Por ello la antítesis, despreciar la igualdad y proclamarse orgullosamente diferentes, floreció, con cada vez mayor fuerza cuanto más evidente resultaba la impotencia de las mujeres para alcanzar en los países democráticos y desarrollados, y por tanto pioneros de las luchas feministas, los bellos objetivos perseguidos durante tantos años y en los que

se había invertido un gran caudal de esfuerzos femeninos. Más evidente en éste que en ningún otro camino del feminismo se ve el deseo de retornar al principio. Muchos principios: el matriarcado que está defendiendo en sus últimos artículos Luce Irigaray, más parecido al gineceo griego, la nostalgia del paraíso perdido de nuestras primeras madres y diosas, el regreso a organizaciones medievales, la defensa de una diferencia que demuestra la perfección del alma femenina, a cuyos elogios dedicaron muchas páginas las primeras teóricas, desde Mary Wollstonecraft a Concepción Arenal, y primando sobre todo ello, amén de la necesidad de hallar caminos nuevos —a pesar de que algunos de los propuestos por las tendencias de la diferencia me parezcan tan antiguos y trillados— el deseo de huir de una confrontación a vida o muerte, única alternativa que los hombres aceptan en la incansable lucha que libran contra la liberación de las mujeres.

Pienso que es hora de que el feminismo acepte que los últimos objetivos son los mismos para todas, superando definitivamente las mezquinas envidias y rivalidades personales que lo han herido gravemente. ¿Quién se negaría a desear un futuro de solidaridad y entendimiento entre todos los seres humanos?, ¿quién rechaza hoy las reivindicaciones pacifistas?, ¿qué sector del movimiento se plantea seguir haciendo guerras o acumulando riquezas cuando tenga el poder?

Mas también es la hora de comprender que las líneas divisorias de las tendencias feministas están fundamentalmente marcadas por las estrategias para alcanzar el esplendoroso, pacífico y amoroso futuro que todas deseamos. Líneas de

separación más eficaces para detener cualquier acercamiento entre los distintos grupos.

Ideología, movimiento y programa político

Si el feminismo merece que haya invertido lo mejor de mi vida en su estudio y por su lucha, es porque constituyendo una ideología filosófica y ética, un movimiento social y un programa político de largos objetivos, me proporciona una visión global de la sociedad, resuelve mis problemas de análisis de la realidad y se propone alcanzar la solución del más importante dilema que el socialismo ha perdido en sus últimos años: no sólo comprender el mundo sino transformarlo.

Ese mundo vasto, complejo, enorme, que hoy agrupa a 5.500 millones de personas. De personas niñas y adultas y viejas, pobres y ricas, blancas y negras y amarillas, que viven en desiertos y en grandes urbes. Para mí cambiar el mundo no significa cambiar únicamente mi vida y la de las mujeres que se encuentran cerca, porque amén de motivaciones más altruistas, estoy segura de que, en el más profundo sentido del término, es imposible que mi vida y la de mis amigas cambie sino cambia, por ejemplo, la de las madres de Ruanda que en este momento están viendo morir de hambre a los numerosos hijos que han traído a este horrible mundo con tanto dolor. Pero también me angustio por el destino de los habitantes de Sarajevo, y por los guatemaltecos que en este mismo instante están muriendo en la tortura, y por los negros destruidos por la heroína de los *ghettos* de Harlem, y por tantos, tantos... De la misma forma que Olimpia de Gouges, y las sufragistas y Concepción

Arenal, emergieron a la lucha feminista, desde ese mundo oculto y semiolvidado femenino, por su profunda indignación contra la esclavitud o las injusticias de los encarcelados.

De las extrañas a las marginadas

El desafío del feminismo hoy es el de resolver las necesidades de las mujeres. ¿Y cuáles son éstas, podemos preguntarnos? Las condiciones materiales de la existencia que crean la conciencia, nos replicaría Marx. Y la conciencia transforma aquellas, añadiría. Esta conciencia que al ser hoy feminista, debe transformar un mundo en el que todas las condiciones materiales de la existencia de los seres humanos deben ser tenidas en cuenta, so pena no ya de no transformar ni comprender el mundo, sino de tenerlo sobre la cabeza en vez de bajo los pies. Lo que supone un planteamiento idealista del feminismo que conducirá a convertir, cincuenta y cinco años más tarde, "las extrañas" de Virginia Wolf, en las marginadas del siglo XXI.

Y con esto hago extensivo mi deseo, y propósito, de que el feminismo se enfrente a todas las situaciones que exigen determinaciones políticas: guerras, crisis económica, cambios de gobierno, reformas legislativas, inmigración y racismo, xenofobia y brotes de violencia, maltrato a las mujeres y a los niños, abandono de los viejos, carencias de la enseñanza, miseria de la marginación, etc. etc. etc. Porque si una u otra tendencia del feminismo consiste en seguir discutiendo si las mujeres son "iguales" o "diferentes" a los hombres —¿en su estructura física, fisiológica, biológica, psíquica, moral?— en vez de plantearse como feministas de qué forma hemos

de organizarnos para cambiar un mundo detestable, entonces no me siento concernida por ninguna de las dos tendencias. Mientras que todas las mujeres, también las feministas, estamos incluidas en los proyectos genocidas de los depredadores de la tierra, y si pretendemos inhibirnos de los inmediatos desafíos que nos cercan cualquier día de éstos, no ya los Scuds explotarán sobre nuestras cabezas, y vendrán a deternernos en el tercer día sin que sepamos por qué, sino que la miseria, el despido, el divorcio, la expropiación de nuestros cuerpos, se nos caerán encima sin que nos hayamos podido precaver ni un minuto antes.

La transformación revolucionaria del mundo por el feminismo

Mi ambición universalista —por algo soy hija y nieta de internacionalistas— me impide contentarme con las pequeñas e inmediatas reivindicaciones que han agotado al Movimiento Feminista, y a la vez ¡qué pequeño me queda el mundo de los *ghettos* femeninos! Si el feminismo contuviese únicamente el objetivo estatutario de las asociaciones de mujeres, no hubiese podido llenar las insaciables ansias de justicia que me devoran. Lo cierto es que mientras bajo el franquismo pareció que el feminismo se agotaba en las repetitivas reclamaciones de reformas legales, yo tuve que pelear a la vez en el seno de diversos partidos políticos para emplear mis energías en objetivos más amplios.

Superadas hoy esas limitaciones, estoy convencida de que algún día las mujeres comprenderán que el feminismo debe llenar todas sus esperanzas y cubrir todos los vacíos que han dejado las ideologías y los movimientos y partidos de iz-

quierdas, sin que podamos rechazar, por ser masculinos, los avances que han conseguido hasta hoy las luchas del progreso.

Enfrentadas, pues, a un presente anodino que ofrece pocas compensaciones a las frustraciones femininas, y a un futuro que, yo les aseguro, será peor, las mujeres deberían concienciarse como sujetos sociales y políticos autónomos, e independizarse de las tutelas masculinas. Cierto es que lo que yo propugno tiene grandes riesgos, de los que el peor no es la marginación social en que se hundirían algunas de las que hoy pueden ser conocidas dirigentes políticas. Pero aunque sea evidente que desde el feminismo como organización política no se pueden garantizar los escaños parlamentarios o senatoriales que detentan algunas de ellas —tampoco tantas, no presumamos—, también estoy segura, y diversos ejemplos europeos nos han precedido, que si realmente las feministas españolas fueran capaces de unirse, sin deseos cainitas, en una organización bien estructurada, pronto obtendríamos éxitos que serían, por lo inesperados y desconocidos hasta ahora, muy publicitados, y gozarían de una cobertura en los medios de comunicación muy superior a su primera incidencia en la sociedad, lo que pienso que compensaría a aquellas que solidariamente decidieran al fin sacrificar la protección masculina de que gozan en el seno de partidos y coaliciones electorales para entregar su apoyo y su trabajo a una coalición feminista.

En definitiva, considero que sin participación política de las mujeres como clase, será imposible que avancemos en conjunto, para lo que resulta imprescindible estructurar el Movimiento Feminista, o la mejor parte de él, como partido político o coalición de grupos políticos, y participar a través

de ellos en las contiendas electorales. Si hemos de ganar poder en la sociedad, no será únicamente con nuestros grupos de ayuda mutua y asistencia social —tan parecidos a las cooperativas y sociedades mutuales obreras de los primeros tiempos del movimiento obrero— ni con los seminarios y cursos en que se estudia y se publica la teoría feminista —tan semejantes a los ateneos obreros.

El Movimiento Feminista sólo avanzará, superando de una vez la dicotomía entre integrarse en las organizaciones políticas y sociales tradicionales o apartarse hasta la marginación social, cuando alcance la madurez suficiente para comprender que tiene que participar en la política de los países, desde sus organizaciones y sus especificidades propias. Precisamente en esta alternativa se encuentra un camino nuevo y original, nada trillado, que puede responder a las angustiosas preguntas que torturan hoy a las dirigentes feministas, del tipo y si ya hemos alcanzado tantas igualdades y ventajas, ¿qué vamos ahora a hacer?, y que supera el problema del envejecimiento de las reivindicaciones tradicionales del feminismo que aburren hoy profundamente a las generaciones jóvenes de mujeres.

Ni acartonadas asociaciones en reclamación de tal o cual reforma legal, conseguida la cual se extinguen en sus propias cenizas, ni alejamiento de las exigencias de las circunstancias económicas y políticas que nos obligan a comprometernos con los problemas de nuestro tiempo.

No quiero identificarme ni con los modelos femeninos aprobados y prestigiados por el patriarcado, atribuyéndome las buenas virtudes que no poseo, frente a las maldades depredadoras de los sujetos masculinos, virtudes que hasta

hoy sólo han servido para que los malos hombres dominaran más fácilmente a las santas mujeres y las convencieran de la bondad de permanecer instaladas en la parición y el mantenimiento de la vida; ni para sentirme fuerte e independiente tener que dar puñetazos y soltar maldiciones.

En definitiva, concluiría, no queremos ser ni hombres ni mujeres. Militantes feministas, luchadoras por la liberación de nuestra clase y de todas las clases oprimidas. Liberarnos de las cargas con que milenariamente la especialidad reproductora nos ha explotado, transformar las servidumbres sexuales en complicidades placenteras y repudiar las mistificaciones burguesas que hoy nos califican como género, para convertirnos en sujetos políticos, en individuos socializados, protagonistas no sólo de nuestra propia historia sino incluso de la de los demás. Como decía en el n.º 2 de *Poder y Libertad*

Las mujeres, como última clase explotada, tenemos, nosotras sí la tenemos, la capacidad de organizar totalmente la sociedad. Nadie está por debajo de nosotras. Nuestra existencia, como clase, no se halla condicionada a la explotación de otra clase, ni somos parásitas ni se puede prescindir de nosotras. Nuestra revolución será la más completa, la más limpia, la más liberadora de cuantas se han sucedido en la historia. Las mujeres con nuestra revolución cancelaremos todo el negro período de violencia y de opresión que ha presidido la evolución de la historia humana.

Hagámoslo pues.

Bibliografía citada

Falcón, Lidia. 1981. "Discurso sobre el poder feminista", *Poder y Libertad*, n.º 2, Partido Feminista de Catalunya, Barcelona.